

La triada del conflicto armado colombiano: jóvenes heridos y cicatrizados en la subjetividad*

Liliam María Sánchez Correa**
Laura Janeth Rojas Ríos***
Paula Andrea Taborda Gutiérrez****

Resumen

Por más de medio siglo, el conflicto armado colombiano ha incidido en la subjetividad de todos y cada uno de los sujetos que de manera directa o indirecta lo han vivenciado, con graves afectaciones corporales en los jóvenes reclutados o vinculados a los diversos grupos armados. Es por ello, que el presente estudio contempla la interpretación de las narrativas de una triada de los sujetos que hicieron parte directa del conflicto armado en su juventud desde diferentes estructuras militares, con el fin de dar una lectura plural a las heridas y cicatrices corporales, no para efectos de comparación, sino para aventurarse a interpretar desde la diferencia de las narrativas, las inevitables afectaciones subjetivas que van reorientando la trayectoria de vida de los jóvenes. Para este cometido, se presentan las narrativas en retrospectiva de una joven, un adulto y un joven adulto que hicieron parte de la guerrilla, los grupos paramilitares y las Fuerzas Militares de Colombia, respectivamente; de cada uno/a se detalla: el tránsito por el grupo armado, lo que incluye vinculación, estadía y salida del mismo; la herida o subjetivación de la vivencia violenta y; la cicatriz, como reconfiguración permanente de la herida. De igual manera, se enuncian algunas discusiones finales, teniendo en cuenta los datos emergentes, sobre el grupo armado, la herida y la cicatriz de carácter colectivo.

Palabras claves: conflicto armado colombiano; subjetividad; jóvenes; cuerpo; herida y cicatriz.

Resumo

Durante mais de meio século o conflito armado colombiano produziu efeitos na subjetividade de todos e de cada um dos sujeitos que, direta ou indiretamente o têm experimentado, causando graves prejuízos corporais nos jovens recrutados ou ligados aos

* Este es el artículo de resultados de una de las investigaciones que hacen parte del macroproyecto “Narrativas sobre Paz, Conflicto y Cuerpo. Un estudio con niños, niñas y jóvenes del oriente antioqueño en el contexto del conflicto armado colombiano”, desarrollado por el Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano –Cinde- y la Universidad de Manizales, con el aval del Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación – Colciencias-. La investigación fue posible gracias a la participación de los autobiógrafos/as y a la asesoría de la Doctora María Teresa Luna Carmona, a quienes las investigadoras agradecen su apoyo y experiencia en el acercamiento a las subjetividades juveniles en contextos de violencia. Fecha de inicio: junio de 2013. Fecha de finalización: abril 2015.

** Administradora de empresas de la Universidad Cooperativa de Colombia, candidata a Magister en Educación y Desarrollo Humano del convenio CINDE - Universidad de Manizales. Correo electrónico: liliam421@gmail.com

*** Trabajadora Social de la Universidad de Antioquia, candidata a Magister en Educación y Desarrollo Humano del convenio CINDE - Universidad de Manizales. Correo electrónico: lajarr43@gmail.com

**** Trabajadora Social de la Universidad de Antioquia, candidata a Magister en Educación y Desarrollo Humano del convenio CINDE - Universidad de Manizales. Correo electrónico: paulatg05@yahoo.es

diferentes grupos armados. É por isso que este estudo contempla a interpretação das narrativas de uma tríade de sujeitos que participaram diretamente do conflito armado na sua juventude a partir de diferentes estruturas militares; com o propósito de fazer uma leitura plural das feridas e cicatrizes do corpo, não com a intenção de comparar, mas para tentar fazer uma interpretação a partir da diferença das narrativas, os inevitáveis efeitos subjetivos que reorientam a vida dos jovens. Para isso se apresentam as narrativas em retrospecto de uma jovem, um adulto e um jovem adulto, que fizeram parte da guerrilha, dos paramilitares e das Forças Militares da Colômbia, respectivamente; em cada uma delas detalhamos os seguintes aspectos: o trânsito pelo grupo armado, incluindo vinculação, estadia e saída do grupo; a ferida ou subjetivação da experiência violenta y; a cicatriz, como reconfiguração permanente da ferida. Igualmente são enunciadas algumas discussões finais, de acordo com os dados emergentes, sobre o grupo armado, a ferida e a cicatriz coletiva.

Palavras-chave: conflito armado colombiano; subjetividade; jovens; corpo; ferida e cicatriz.

Summary

For over half a century, Colombian civil conflict has affected, directly or indirectly, every person that has had to over go the harsh reality, with great bodily damages in the youth vinculated to the diverse armed groups. Therefore, the present study interprets the narratives of three subjects who were part of the war from different military structures in their youth, aiming to construe the damages and corporal scars, not to contrast, but to differentiate the narratives, the inevitable subjective damages that misguide the way of life of these young people. For this purpose, the narratives in retrospective of a young woman, an adult and a young adult that where part of the guerrilla, the paramilitary and Colombian military forces, respectively. Of each one of them it is detailed; their pass through the warlike group, which includes vinculation, stay and their way out of the group; the wound or the subjectivity of their personal livings and the scar, as a permanent reconfiguration of the wound itself. Similarly, there are enunciated some final discussions, taking into account the emergent data about the armed group, the wound and the collective scar.

Key terms: Colombian civil conflict; subjectivity; youth; body; wound and scar.

Abordaje del problema para el acercamiento

En el marco del macroproyecto de investigación “Narrativas sobre Paz, Conflicto y Cuerpo. Un estudio con niños, niñas y jóvenes del oriente antioqueño, en el contexto del conflicto armado colombiano” se desarrolló el presente estudio de corte hermenéutico fenomenológico que tuvo como propósito interpretar que acontece en la subjetividad de los jóvenes que hicieron parte de grupos armados colombianos (Ejército de Liberación Nacional –ELN-, Grupos Paramilitares y las Fuerzas Militares de Colombia –FMC–) a partir de la herida y la cicatriz que deja el conflicto armado en el cuerpo.

La idea de constituir una triada de los sujetos que estuvieron vinculados a los anteriores grupos armados, se centró en visibilizar, las heridas y cicatrices en la subjetividad, resultado de la confrontación cuerpo a cuerpo, mediada por un empuje bélico que impone la eliminación del creado “enemigo” o, por lo menos, la imputación de una herida que recuerde la vulnerabilidad humana.

Así, el interpretar que acontece en las subjetividades juveniles, heridas y cicatrizadas, remitió al estudio de las siguientes categorías de estudio que ayudaron a hilar los datos emergentes: 1) el conflicto armado Colombiano, como contexto de la confrontación bélica; 2) El cuerpo, herido y cicatrizado, a raíz de vivencias violentas y dolorosas entre “enemigos”; 3) La subjetividad de los jóvenes que, con inevitables inscripciones de heridas y cicatrices, remite a la forma de pensar, sentir y habitar el mundo.

Los contenidos de estas categorías, son el aporte de aquellos autores que desde su conocimiento, han brindado ideas o abstracciones particulares sobre ciertos aspectos de una realidad dinámica y compleja, que vuelve a aparecer con sus propios matices en las narrativas de los sujetos partícipes de la investigación, para nuevas y posibles interpretaciones. Cabe señalar que sobre algunos aspectos de las categorías: subjetividad y cuerpo herido y cicatrizado, las investigadoras se permitieron plantear reflexiones a partir del análisis de los hallazgos, que iban develando otras concepciones o formas de acercamiento a esta problemática.

Ahora bien, para el abordaje del conflicto armado colombiano, como categoría contextual, se acudió, entre otras fuentes, a los documentos del Comité Internacional de la Cruz Roja¹ (2008) sobre la definición de conflicto armado según el Derecho Internacional Humanitario, que diferencia entre el conflicto armado internacional -CAI- y el conflicto armado no internacional -CANI.

De conformidad con el artículo 2 común a los Convenios de Ginebra de 1949, el conflicto armado internacional alude a cualquier diferencia que surja entre dos Estados y que conduzca a la intervención de las fuerzas armadas, incluso si una de las partes niega la existencia de un estado de guerra. No influye en nada las razones o la intensidad del enfrentamiento, la duración del conflicto ni la mortandad que tenga lugar.

¹ El Comité Internacional de la Cruz Roja –CICR- es la organización encargada de vigilar el Derecho Internacional Humanitario –DIH-, rama del derecho internacional que rige los conflictos armados entre los países parte de los convenios de Ginebra de 1949, entre los cuales figura Colombia.

Por otro lado, según el artículo 3 común a los Convenios de Ginebra de 1949 y la definición contenida en el artículo 1 del Protocolo adicional II, el conflicto armado no internacional se refiere a los enfrentamientos armados prolongados que ocurren entre fuerzas armadas gubernamentales y las fuerzas de uno o más grupos armados, o entre estos grupos, que surgen en el territorio de un Estado; estos enfrentamientos deben alcanzar un nivel mínimo de intensidad y las partes o estructuras armadas deben poseer una organización mínima.

Al respecto, Sassoli (2006, 8-9) sugiere que la concepción de los conflictos armados no internacionales es más rudimentaria al no contemplar aquellos casos donde el conflicto, entre un Estado y grupos armados organizados, se puede extender al territorio de otros Estados poniendo en riesgo la población civil y la soberanía de éstos. Zegveld (2002, 136), por su parte, señala de manera crítica que en la práctica “los conflictos internos se diferencian de los conflictos internacionales por las partes que participan en ellos y no por el ámbito territorial del conflicto”; sin embargo, también es cuestionable la diferencia en cuanto a las partes que intervienen, pues en la contemporaneidad algunos conflictos armados no internacionales han llegado a adoptar una dinámica que interrelaciona múltiples actores e intereses políticos y económicos trascendiendo las fronteras de los Estados.

Más allá de la teorización jurídica, desde el punto de vista social y político, María Teresa Uribe (2004) propone a la hora de concebir el conflicto armado, trascender la mirada de los actores y lugares hacia las afectaciones generadas en las poblaciones civiles; al respecto, refiere que los conflictos armados o guerras “son eventos trascendentales en las trayectorias de las naciones, momentos de ruptura en los cuales se trastocan los órdenes convencionales, situaciones de riesgo y de peligro generalizadas y sucesos trágicos que significan la alteración de la vida para sectores muy amplios de la población”.

Lo cierto es que a la luz del Derecho Internacional Humanitario, en Colombia se libra un conflicto armado no internacional, reconocido por algunos círculos académicos como conflicto regional complejo, con múltiples factores de violencia social, política, cultural e histórica. Violencia que está profundamente arraigada en la memoria colectiva debido a las secuelas de un conflicto sin precedentes caracterizado por la convergencia de diversos actores, entre fuerzas armadas estatales, guerrillas, paramilitares y demás grupos disidentes que se disputan el poder convirtiendo el país en un campo de confrontación bélica permanente.

La tesis de Pécaut (2015) sustenta además como la constante del conflicto ha sido la precariedad del Estado para regular la vida social, y para crear un imaginario colectivo de nación. En esta línea, se hace necesario puntualizar como los lugares donde hay menor presencia del Estado, se constituyen en el caldo de cultivo para que el conflicto armado y sus actores generen graves daños a la población civil, como destierros, masacres y reclutamiento de niños, niñas y jóvenes, en especial los pertenecientes a las comunidades afrocolombianas, campesinas e indígenas, debido a su profundo conocimiento y adaptación a los territorios montañosos o la selva².

Específicamente, sobre los procesos de reclutamiento de niños, niñas y jóvenes, por parte de los diferentes grupos armados colombianos³ se destacan como razones principales: la proximidad de dichos grupos al territorio donde éstos habitan, dinámicas familiares con presencia de maltrato, abuso sexual y abandono, carencia de oportunidades educativas, desempleo, identificaciones culturales con modelos guerreros, enamoramiento hacia algún combatiente y promesas económicas. Aunado a ello, la edad y los modos de experimentar de los niños y principalmente de los jóvenes, los hacen más vulnerables e influenciados a los procesos de socialización y adoctrinamiento militar.

Según el Instituto Colombiano de Bienestar Familia –Icbf- (2013), Colombia es el único país del hemisferio occidental en donde niños, niñas y adolescentes son reclutados por estructuras militares: según cifras oficiales 5.105 han pasado por el Icbf, 3.060 se han desmovilizado de las Farc-Ep, 1.054 de las AUC y 766 del ELN. De acuerdo a Springer (2012, 30) Cuatro de cada diez combatientes de las FARC actualmente son niños, niñas o adolescentes (42% del pie de fuerza en combate); en el caso del ELN, la proporción es ligeramente más alta; se ha concluido que los grupos Paramilitares no se extinguieron y que aproximadamente cuatro de cada diez combatientes de estos grupos (40% del pie de fuerza) son niños y niñas. La autora en mención refiere además que los grupos armados continúan utilizando diversas formas para el reclutamiento y la vinculación pese a los procesos de denuncia, firmas de acuerdos, procesos de desmovilización y reintegración.

² Según información recogida en la asamblea del CRIVA (Consejo Regional Indígena del Vaupés) hacia mediados del 2002, habrían entre 500 y 800 jóvenes indígenas (entre los 12 y los 20 años) vinculados a las FARC.

³ Cuando se habla de grupos armados colombianos se hace referencia tanto a las estructuras militares estatales como no estatales.

Tras la incorporación de los niños, niñas o jóvenes a los grupos armados, la permanencia o estadía trae consigo graves afectaciones en sus vidas, pues deben realizar funciones como prestar centinela, vigilancia en las comunidades y, en algunos grupos deben realizar labores de inteligencia, “correos humanos” para extorsionar y ejecutar secuestros selectivos y elaborar las minas antipersonal considerando que no representan mayor pérdida como mano de obra, entre otras acciones que los exponen a vivir situaciones de violencia directa.

Igualmente, los niños, niñas y jóvenes deben participar del entrenamiento que los adoctrina y acondiciona físicamente para los enfrentamientos bélicos; de esta manera, inician un proceso de deshumanización donde aprenden a usar la violencia sin límites, que deben ejercitar contra los adversarios, de lo contrario, son castigados duramente, inclusive con la muerte o la desaparición.

Ahora bien, ante el panorama de la incorporación y la permanencia de los niños, niñas y jóvenes en el conflicto armado colombiano, viene a tener gran resonancia otra de las categorías de estudio: el cuerpo, con heridas y cicatrices no diferenciables en tanto físicas o afectivas, pues inevitablemente se diluyen al experimentarse en un cuerpo que es un todo, sin divisiones.

Sobre la categoría cuerpo, herido y cicatrizado, teniendo en cuenta la poca teoría al respecto, las investigadoras se permitieron plantear algunas ideas partiendo de los datos emergentes, que relacionan de manera directa la herida y la cicatriz con el disciplinamiento, pues el sujeto que hace parte del conflicto armado es ante todo un cuerpo entrenado para el combate hacia la eliminación del “enemigo”, lo que se puede ampliar con los planteamientos de Foucault (1987) sobre el poder disciplinario, es decir, aquella forma de poder que tiene como objetivo los cuerpos en sus detalles, en su organización interna, en la eficacia de sus movimientos, a través de la técnica de la individualidad disciplinada que contempla instrumentos como: la vigilancia jerárquica o panoptismo que asegura el ver sin ser visto, la sanción normalizadora donde castigar es sinónimo de corregir y, el examen para efectos de control y dominio.

Estructuras como los grupos armados, para el logro de sus objetivos, acuden entonces a la individualidad disciplinada, mecanismo que según el autor en mención, vuelve el cuerpo más obediente en tanto que más útil y viceversa, en un objeto para el poder dominante que, según las investigadoras, en el contexto de los grupos armados, es un cuerpo herido configurado disciplinal y potencialmente como el cuerpo que hiere.

Para un abordaje más integral de la categoría cuerpo, se recurrió a autores como Martha Nussbaum y Michel Serres; ya que en términos generales, la primera permite reconocer la

importancia del emocionar y el sentir que subyacen en cada acción humana, en este caso, las heridas y cicatrices subjetivadas por un cuerpo constreñido a la violencia y, el segundo plantea el cuerpo como un mundo de posibilidades, percepciones y representaciones, que pueden derivar incluso en resistencias a la misma violencia, impuesta y luego naturalizada.

El abordaje de la categoría cuerpo se realizó en entrelazamiento con la categoría subjetividad de los jóvenes, construida a partir de algunas ideas de Foucault y de las investigadoras, que se complementan para concebir ciertos elementos, singulares y plurales, presentes en su configuración dinámica y compleja.

Es necesario plantear como premisa fundamental que la subjetividad no es una instancia de fundación, pues según los estudios de Foucault (1994, vol. IV), el sujeto no obedece a una sustancia sino a formas diversas que se dan a través de una historia mediante los siguientes modos de subjetivación: 1) aquellos que objetivan, fragmentan y controlan al sujeto a través de la coerción de sus pensamientos y acciones y, 2) los que mediante prácticas de libertad, posibilitan al ser humano la transformación en sujeto consciente de su historia. Modos de subjetivación, que al ser propios de una época, revelan cómo hemos llegado a ser los sujetos que somos, a través de los discursos y las relaciones de poder que se imprimen en la subjetividad.

En concordancia con el anterior planteamiento, según Hugo Zemelman, citado por Alfonso Torres, et al (2000, 13), refiere que la subjetividad es una problemática que está en el centro mismo de la historicidad de lo social y en todo esfuerzo de conocimiento crítico de ello. Para Zemelman, la subjetividad puede entenderse como un horizonte en el que confluyen los diferentes planos de la realidad social: la articulación entre lo dado y lo posible, entre memoria y futuro, entre historia y política; en consecuencia, la subjetividad no se corresponde con un campo definido por los preceptos sociales sino por procesos más dinámicos que incluyen las múltiples capacidades creativas y de resistencia a los bloqueos que se imponen en las relaciones de poder.

Metodología

La metodología empleada se fundamentó en el enfoque de la investigación cualitativa, también conocida como investigación comprensiva, de tipo hermenéutico fenomenológico dada la intencionalidad de interpretar las narrativas, ya dotadas de sentido por parte de los sujetos partícipes de la investigación.

Sobre el tipo de investigación, Ricoeur (1969) sugiere que hay dos maneras de fundar la hermenéutica en la fenomenología: 1) la vía corta (propia de Heidegger), conocida como “ontología de la comprensión, porque evitando los debates sobre el método se vuelca de golpe al plano de una ontología del ser finito, para encontrar el comprender no como un modo de conocimiento, sino como un modo de ser y, 2) la vía larga (propia de Ricoeur) o análisis del lenguaje, donde la hermenéutica tiene una presuposición fenomenológica y la fenomenología una presuposición hermenéutica, fundamentadas en la importancia que ambas le dan a la interpretación del sentido de las vivencias.

En concordancia con este enfoque y tipo de estudio, se recurrió de manera intencionada al modelo investigativo autobiográfico, entendido como la posibilidad que tiene un sujeto de narrar su propia vida, o parte de ella, en absoluta libertad para expresar las vivencias, experiencias o acontecimientos que han marcado su existencia. Las autobiografías fueron posibles gracias a la entrevista narrativa, que plantea el diálogo entre los interlocutores de la investigación, como posibilidad para expresar y reconfigurar las significaciones construidas a lo largo de las trayectorias de vida. Así, la entrevista narrativa favoreció el reconocimiento de los sentidos otorgados a las vivencias y la emergencia de nuevos significados que tornaron la entrevista en una construcción de sentido compartido.

Las entrevistas narrativas se realizaron con una tríada de los actores del conflicto: una mujer joven que estuvo vinculada a la guerrillera –ELN-, un adulto exparamilitar y, un adulto joven exmilitar; seleccionados bajo el criterio de ser hombre o mujer vinculado/a a los grupos armados siendo menor de edad, excepto el que hizo parte de las Fuerzas Militares de Colombia, pues según el artículo 13 de la ley 548 de 1999, los menores de 18 años de edad no serán incorporados a filas para la prestación del servicio militar en el país.

Cabe señalar dos aspectos importantes sobre los autobiógrafos/as: 1) debido a las dificultades de orden social para establecer contacto con la población del oriente antioqueño (zona estipulada para el macroproyecto) y, a la dificultad para acceder a exmilitantes de los grupos armados, que prefieren estar en el anonimato para evitar estigmatizaciones o represalias, la presente investigación amplió el ámbito geográfico a otros municipios de Colombia, que por razones de seguridad con los autobiógrafos no se nombran y, 2) aunque los autobiógrafos/as contemplan una mujer, en la presente investigación no se puntualizaron reflexiones desde la perspectiva de género sobre las heridas y cicatrices en la subjetividad de los jóvenes. No obstante,

en el aparte de la narrativa de Alejandra, la joven que hizo parte de la guerrilla –ELN- se puede avizorar particulares de la subjetivación femenina en cuanto a las vivencias violentas corporales en el contexto del conflicto armado; lo que abre la posibilidad a otras investigaciones de profundizar sobre el sentir y pensar femenino frente a las rupturas y reconfiguraciones subjetivas.

Durante las narrativas, los tres autobiógrafos(as) relataron en retrospectiva el antes, el durante y el después de su vinculación al conflicto armado, centrándose en las vivencias violentas y la subjetivación de las mismas en heridas y cicatrices corporales acontecidas en su juventud e incluso en la niñez. Sobre la narración en retrospectiva, Ricoeur (2004, 263) plantea “sólo cuando narramos de nuevo la historia, nuestra marcha hacia adelante vuelve a pasar por el camino ya recorrido hacia atrás. Eso no quiere decir que, conociendo el resultado, el lector hubiera podido predecirlo. Él sigue, a fin de "ver" la serie de acontecimientos como configuración inteligible de relaciones"; configuración que, en algunos aspectos puede recoger el sentir o pensar de otros colombianos partícipes del conflicto armado de manera directa o indirecta.

Finalmente, para la interpretación de las narrativas se retomó de Luna (2009) la ruta analítica que articuló siguiendo los lineamientos de Martínez y Creswell, la cual posibilitó mediante la elaboración de matrices de doble entrada y la lectura intratextual, la selección de los relatos y su correspondencia con las categorías de estudio o temas asociados, su significado y transversalidad con otros relatos, además de la identificación de los acontecimientos que, para el presente estudio, aluden a la subjetivación de las heridas y las cicatrices corporales. Igualmente, se recurrió a la lectura intertextual de los relatos para que, en esta lógica de horizontalización, pudieran avizorarse regularidades y divergencias que dieran cuenta de relaciones antes no vistas.

Hallazgos

Para la enunciación de los hallazgos, en primer lugar y teniendo en cuenta la importancia del carácter contextual y el sentido de cada narrativa, se presenta de manera independiente los hallazgos de lo que acontece en la subjetividad de la joven que hizo parte de la guerrilla –ELN-, el adulto que estuvo en los grupos paramilitares y el adulto joven desvinculado de las Fuerzas Militares de Colombia, mediante tres apartes: a) *El tránsito por el grupo armado*: contextualización de la vinculación, estadía y salida del grupo armado; b) *La herida*: subjetivación de la vivencia violenta y, c) *La cicatriz*: reconfiguración subjetiva en torno a la herida que dejó huella o memoria de lo vivido.

En segundo lugar, se expone la discusión final, o hallazgos emergentes transversales a las tres narrativas, que no necesariamente hablan de convergencias sino también de divergencias significativas en torno al grupo armado, las heridas y las cicatrices de carácter colectivo. Y en tercer y último lugar, se comparten las conclusiones que articulan las categorías de estudio.

Alejandra: el tránsito por la guerrilla, una historia de huida permanente

Sobre la valoración del impacto de la vinculación o reclutamiento de los menores de edad, Springer (2012, 27) señala que dicha problemática “tampoco puede reducirse a una deducción del número de niños, niñas y adolescentes militando en un grupo armado en un momento dado. Una aproximación metodológica aceptable debe observar, para probar su sistematicidad, el comportamiento de este crimen en el tiempo”. Comportamiento o dinámica que en el caso del conflicto armado colombiano no puede dejar de contemplar las múltiples causas revestidas de injusticia social, que entrelazadas dan cuenta de una problemática de orden estructural que obliga a la población más vulnerable a enlistarse en las filas de una de las partes en conflicto. Sobre el entrecruzamiento de las causas de vinculación a los grupos armados, Alejandra refirió:

... Empezó cuando vivíamos en la vereda xxx por xxxx, he... bueno mi mamá era amiga de ellos (ELN), entonces, entonces mi mamá se hizo, se volvió novia pues de uno de ellos, Sebastián, entonces esa gente habitaba por ahí, iba a la casa, mi mamá les hacía la comida y nosotros estábamos muy chiquitos. Entonces cuando un día estábamos en la casa cuando llegaron los Paracos y iban a matar a mi mamá... Mataron a mucha gente y a un tío mío lo mataron, es que los Paracos por eso los odio, porque le echaron ácido en los ojos y a otros los mataron, los maltrataron muy feo, ahí mataron a casi toda la familia, entonces nosotros, entonces a mi mamá la estaban buscando mucho, quizque “¿dónde está la señora de falda roja?”, nosotros escuchamos porque nosotros estábamos por ahí cerquita pero muy bien esconditos (Alejandra, 2014, marzo 8).

Alejandra fue vinculada al grupo armado en su primera infancia, aproximadamente a los 4 años de edad, como registra el relato, entre otras causas, debido a la cercanía de la madre con el ELN. Al respecto, Springer (2012, 21) plantea que “un alto porcentaje de estos niños y niñas tiene un familiar en primer o segundo grado de consanguinidad o un amigo cercano en un grupo armado o una banda criminal”. En consecuencia, los menores de edad se ven abocados a vincularse a los grupos armados para no perder el vínculo afectivo con sus allegados, como en la historia de Alejandra, donde todos los integrantes de la familia hicieron parte de varios frentes del ELN, y aunque estuvieron separados luchaban según ella desde el mismo lado:

...Cuando salimos (del escondite), cuando vimos ese pocotón de mueertos por todas partes, eso como en las películas ¡Ay, yo me acurdo de eso!, ya hace mucho tiempo pero yo me acuerdo... Entonces mi mamá como que habló con ellos (ELN) porque nosotros ya no nos podíamos quedar por allá, porque si a mi mamá la veían, la mataban, entonces la guerrilla le dijo que si se venía para xxx, esa vereda se llamaba xxx. Nos vinimos con ellos, y ahí estábamos más en contacto con la guerrilla, porque ellos se quedaban ahí, se iban, volvían, mi mamá les cocinaba, todo... Primero se fue mi hermanito xxx, luego se fue xxx, luego se fue xxx y luego xxx, y pues ya luego nosotros; toda la familia estuvo por allá (Alejandra, 2014, marzo 8).

Teniendo en cuenta los anteriores relatos, no se puede pasar por alto que al vínculo establecido entre la madre de Alejandra con los integrantes del ELN, se sumó otra de las principales causas de la vinculación al conflicto: los actos violentos dirigidos a la población civil, que termina siendo obligada a pertenecer a uno de los grupos armados para poder sobrevivir. Así, familias enteras ven sus derechos vulnerados y sus sueños interrumpidos de manera abrupta. Alejandra, por ejemplo, añora haber tenido una infancia diferente:

...Yo hubiera querido otra cosa. ...No sé, vivir fuera, así sea en el campo, vivir con mi familia, no sé tener una vida diferente, tener una niñez, jugar con amiguitas, amiguitos, estudiar desde pequeña y no estando por allá viviendo esas cosas... Si yo pudiera devolver el tiempo, no sé, hubiera estudiado, hubiera hecho muchas cosas; si yo hubiera tenido la oportunidad que me hubieran dicho “Alejandra, vámonos pa’llá, tal cosa” y yo sabiendo lo que es eso, yo no me hubiera ido, yo hubiera escogido otras cosas. (Alejandra, 2014, marzo 8).

Se puede interpretar que la lucha de Alejandra durante sus diez años de permanencia en el ELN, no tuvo una fuerte carga ideológica, se centró más bien en la sobrevivencia que impone la confrontación armada mediante una vida de huida permanente:

...Ya empezamos a andar con ellos (ELN), ya pues, todo era con ellos, ya empezamos, ya que, que con armas, a mí mamá le dieron pero como nosotros estábamos tan chiquitos, no; entonces ya nos movíamos de campamento en campamento, hasta que nos movimos para otros campamentos, fue pasando el tiempo cuando ya empezaron pues ya que a tener pelea con el Ejército, bueno, así enfrentamientos y así. Cuando vinieron esos ataques, no, nosotros corríamos porque uno bien chiquito (Alejandra, 2014, marzo 8)... Uno no tenía un objetivo asiinii o un sueño no, uno luchaba así todos los días por las cosas diarias que uno hacía y así. Sí, porque uno estuviera bien. Sí, sí más que todo por eso, como por uno, pues sí para que las cosas estén bien por ahí por los lares... (Alejandra, 2014, marzo 21).

Finalmente, a los 14 años, Alejandra realizó su mayor acto de resistencia, al retirarse del grupo armado a pesar de que su madre se quedaba; ruptura subjetiva con el ELN promovida por un nuevo anclaje afectivo, posibilitador de ser y estar en el mundo de una manera diferente.

...Entonces ella (amiga) empezó a decir que nos viniéramos, y entonces a nosotros como que nos dentro eso, ella se vino, entonces nos dijo que lo pensáramos, que ella nos iba a estar llamando. Ella se vino y nosotros cuando ella se vino, nosotros quedamos muy tristes, y ahí empezamos pues a hablar con un comandante de esos, “que nosotros nos queríamos venir, pero que necesitábamos pues que nos apoyara”, entonces él después de tanto pensarlo dijo que sí, que nos podíamos venir, pero mi mamá no se vino, mi hermanito y yo nos vinimos juntos, porque mi mamá estaba viviendo con un man de esos, entonces nosotros le decíamos “¡ama vamos!”, y ella que no, que nos viniéramos nosotros, que ella después se venía, entonces nosotros pues igual nos dio duro pero nos vinimos solos... (Alejandra, 2014, abril 5).

Alejandra, permeada por otros referentes de afecto logró hacer un proceso de diferenciación subjetiva con la madre, al reconfigurar sus ideas sobre el grupo armado y reconocer otras posibilidades en su vida. No obstante, con el paso del tiempo se dio el reencuentro entre Alejandra y su madre, y con ello el inicio de una nueva vivencia: la desmovilización, decisión que estuvo acompañada de miedos, indecisiones y falta de opciones. Ante ello, Springer (2012, 47) señala entre los recelos que generalmente acompañan la desmovilización de los menores de edad: el miedo a las represalias por parte del grupo armado y el rechazo o estigma por parte de la sociedad civil. Dos actores que poco reconocen los avatares de los niños, las niñas y los jóvenes en el tránsito por un conflicto armado que no les pertenece.

La herida: el desarraigo afectivo y la errancia por la sobrevivencia

En el contexto del conflicto armado colombiano, la herida puede leerse como una subjetivación de la vivencia violenta que irrumpe el cuerpo y su vínculo con el mundo, vivencia que puede ser compartida por varios sujetos pero significada de manera particular.

Alvarado et al. (2012, 140) señalan que “las heridas existen como relato en el cuerpo, existen al modo de heridas en la subjetividad, encarnadas”. En concordancia con este planteamiento y de acuerdo a los hallazgos, hay heridas que cicatrizan y otras que perduran en la subjetividad, ancladas en significaciones y sentimientos que incitan hacia la confrontación bélica, círculo disoluto de la herida, donde hiriendo se hiere a sí mismo. Sobre la herida que perdura, la herida encarnada, Alejandra afirmó esta idea:

“Una herida es que uno tiene algo abierto, que todavía le duele, cosas que uno no puede superar porque son muy duras y aunque uno quiera no se superan” (Alejandra, 2014, abril 25).

Su concepción de herida, no es más que la subjetivación de su propia vivencia violenta, que pervive en su cuerpo como remembranza de la separación abrupta con la más próxima; separación donde no hubo lugar a la resistencia pues a los ocho años de edad, Alejandra solo pudo sentir miedo ante un nuevo “enemigo” que arremetía contra la vida humana:

...Bueno, ese día estábamos nosotros (Alejandra y hermanos), estábamos pues ahí hablando, así normal, cuando a mi hermanito xxx se le dio por mirar pa'l filo, ahí abajo había una quebrada así toda bonita, cuando vio un man (soldado) que le hacía señas y nosotros no caímos en cuenta que eran ellos, porque estaban como de ropa normal, él lo llamaba, mi hermanito pensaba subir cuando dijo quizque “Ay yo voy a ir” y nosotros le dijimos “no”, cuando miramos por debajo, que había otra salida, venía un man (otro soldado) de esos armados y así quizque disparaba. Cuando esa gente lo vio, todos arrancaron corriendo porque disparó, entonces uno en ese momento, uno no se acuerda de nada, nosotros corrimos, todos corrieron para partes diferentes, en ese momento mi hermanito xxx estaba con nosotros, él arrancó por una quebrada pa'riba, mi hermanito xxx arrancó pa'onde estaba mi mamá y yo también, cuando yo iba más allá de la puerta yo me acordé de mi hermanita xxx que estaba en la pieza y yo me quise devolver pero ya esa gente estaba allá disparando, entonces cuando llegué dónde mi mamá, mi mamá quizque “Y xxx, xxx, ¿la niña?” y yo “¡Ay, se me quedó!” y que “¡Ay, cómo así que se le quedó!, no”. Bueno y era llorando así tirada en el suelo, que no que ella no se iba a ir, que ella no la podía dejar, que mejor ella se quedaba, muy desesperada y yo también, mi hermanito también; entonces yo le dije a mi mamá “vámonos, entonces la vamos a perder a usted, a usted la van a matar” y corrimos, no quería pero corrió (Alejandra, 2014, marzo 8).

Alvarado et al. (2012, 140) plantean que “la herida sugiere siempre una apertura en el cuerpo, una ruptura”. En Alejandra, la huida por la sobrevivencia que conllevó a la separación con la hermana menor generó una ruptura subjetiva que impuso el desarraigo afectivo o separación violenta del vínculo, no solo representado por la muerte sino también por la separación abrupta con los más próximos. Huir de un lugar por miedo a perder la vida y dejar paradójicamente el sentido de la vida, es en otras palabras la herida que perdura en el cuerpo de Alejandra, no diferenciable en cuanto física o afectiva, pues inevitablemente se diluye al experimentarse en un cuerpo que es un todo, sin fragmentaciones.

Después de la pérdida de su hermana menor, y durante los diez años de estadía en el ELN, el desarraigo afectivo se reafirmó en la subjetividad de Alejandra, al presenciar otras pérdidas como la muerte de ocho seres cercanos, familiares y amigos, además de muchos otros militantes del ELN con los que había establecido lazos de compañerismo. Desarraigo que se vivencia en el escenario de la confrontación bélica, cuando por razones de sobrevivencia se abandonan los cuerpos sin derecho a la despedida:

...No, ahí no hacíamos nada, pues a uno le dolía: “¡Ay, lo mataron!”, pero no hacíamos nada, pues, así que hicieran algo, un ritual, no, porque uno en esos enfrentamientos uno corría y siempre alguien dice “¡Ay vea!, vamos por aquí”, todos que lo sigan, unos se quedan disparando y a otros los mataban (Alejandra, 2014, marzo 8).

El desarraigo afectivo, tras la inexorable muerte o separación con quien se ha establecido vínculo afectivo, impone a la vez el establecimiento de relaciones en el desapego. Hay que estar preparado, pues en cualquier momento se elimina o se captura a uno de los cuerpos que conforman el grupo armado. Como el cuerpo representa el botín de guerra, es mejor establecer límites y distancias en lugar de lazos fuertes con él. En Alejandra también hubo lugar al desapego:

...¿Y ahí ya empezó otra vida, podríamos decirlo así, la vida de las dos (madre e hija) juntas pero fuera del ELN? Sí, pero pues como una relación asiiiiiii... porque uno por allá (ELN) no estaba casi apegado, uno como que no se apegaba casi a las personas... (Alejandra, abril 5 de 2014)

Ahora bien, la huida que obliga a la separación con aquellos cuerpos capturados, heridos o sin vida, imprimió en Alejandra, además del desarraigo afectivo, otra ruptura subjetiva: la errancia por el mundo, donde ningún lugar representa estabilidad, solo temporalidad. Sin un lugar para establecerse, el caminar por los montes o la selva se convirtió para ella en un viaje interminable:

...Cuando hay cosas duras uno sigue hasta por la nooche, uno anda hasta de noche. Cuando habían así cosas duras, que nos iban a atacar tocaba seguir como fueeera, así uno estuviera bien cansado... Hay, es que uno por allá como que aprende mucha imaginación, muchas cosas como para, por ejemplo, uno podía no tener nada, con tal que tuviera un machete y ya. Sí, uno llegaba a un monte y uno empezaba a limpiar, que a hacer la cama, hasta con las mismas hojas uno armaba un techo y así no se mojaba, aunque no estuviera caliente igual era muy maluco... sufrí. (Alejandra, 2014, abril 5).

La errancia, puede concebirse de acuerdo con el anterior relato, como ese vagar de un lugar a otro, sin rumbo fijo, por la sobrevivencia. Errancia que se ha realizado en Colombia por más de medio siglo en territorios inhóspitos, que acogen a los diversos militantes camuflándolos pero a la vez imponiéndoles sus propios rigores.

En sí, dicha errancia guarda relación con el mito del judío errante, principalmente en lo que respecta al andar sin descanso, pues el “enemigo” que se acerca paso tras paso obliga al cuerpo a seguir huyendo por miedo a la herida. La herida alimentada por el miedo, la venganza y el desamparo, funda este andar.

La cicatriz: encarnadura de angustia

Según los hallazgos, la cicatriz remite a una reconfiguración subjetiva de la herida, que se presenta cada vez que el sujeto transita por los caminos de la comprensión, con la mediación del tiempo, hacia nuevas significaciones. De acuerdo con este planteamiento, la herida del desarraigo y la errancia se reconfiguró en Alejandra en una cicatriz de angustia que se estremece en su conciencia buscando nuevas posibilidades, mientras es asaltada en su presente por el desazón:

...Por momentos, cuando recuerdo más las cosas, más me duuura. Por momentos, por momentos me apago, cuando ya al rato me recupero y así... Cuando yo estoy así hablando con alguien, así contenta, riéndome así, y ya como que me apago un poquito. Como que se me quitan las ganas, o sea, si yo estoy hablando así no, ya como que me mermo un poquito, ya no sigo hablando, ya no me sigo riendo, entonces me preguntan cualquier cosa y yo “ajá”, si... pero ya, y ya al rato, de pronto ya me recupero... (Alejandra, 2014, marzo 21).

Sartre (1966,77) concibe la angustia como “la conciencia de ser uno su propio porvenir en el modo de no serlo”; habla entonces de la libertad de posibilidades que incluye la no posibilidad, pues siempre va estar presente la duda de que se logre o no las expectativas o necesidades. En cuanto a la cicatriz de Alejandra, interesa retomar de Sartre su planteamiento de la angustia ante el pasado y la angustia ante el porvenir, que confrontan sobre lo que ya fue y lo que será, respectivamente.

Parafraseando al autor, la angustia del pasado reconoce indiscutiblemente la total ineficacia de la decisión pasada, por tanto se propone evitar caer en la misma decisión recreándola como temor vívido. Alejandra recreaba este temor en cada escenario de confrontación bélica, no podía volver a huir sin mirar atrás, no admitía otra separación afectiva con una de las más próximas:

...Cuando estaba con mi mamá sí, pues sí, siempre yo la buscaba porque igual yo no soy capaz de correr así y dejarla no, yo la buscaba o estábamos juntas, aunque ella estaba lejos, yo ahí mismo corría y me acordaba de mi mamá y siempre, siempre iba. Muchas veces cuando la gente quizque “hay vamos pa’ tal parte, vamos pa’ tal parte todos juntos”, y otros se quedaban pues, dando bala y nosotros corríamos y ya se iban yendo, y otras veces en que uno si corría cada uno pa’ su parte. Más que todo se quedaban los hombres y las mujeres corrían, y hay otros que también se iban y así que guiándonos y así... (Alejandra, 2014, marzo 21).

Angustia el hecho de que la decisión que se tome frente al abanico de posibilidades traiga nuevas heridas corporales, es ahí donde aparece la angustia ante el futuro, que según Sartre (1966,77) es el juego de los posibles, donde los imposibles también son posibles, donde la indecisión apela por una decisión que antes de ser tomada consulta al horror. Respecto a la

decisión que tomó Alejandra de huir por la sobrevivencia, y que trajo como consecuencia el desarraigo del vínculo afectivo con una de las más próximas, ella terminó apelando de nuevo a los posibles de Sartre y, en consecuencia, a falta de certezas halló la incertidumbre:

...Yo no sé nada de mi hermana. Sé que se la llevaron, se la llevó el Ejército pero no sé más nada. Mi mamá trato de que la ayudaran pero ellos (ELN) no quisieron, porque como le dije, esa gente por allá a uno le dicen que el Ejército es malo, que a uno ellos lo matan (Alejandra, 2014, marzo 8). ¿Ahora, qué te genera? “¡uy no!, tristeza, como todas esas incertidumbres, saber dónde está, todas esas cosas”... (Alejandra, 2014, abril 25).

Preguntas y búsquedas que, si bien con el paso del tiempo no obtienen respuestas para el esperado reencuentro en la hoguera del vínculo afectivo, van tejiendo pausadamente la cicatriz de acuerdo a los tiempos de subjetivación en Alejandra, y a su plural y singular forma de sentir y pensar, a su poder genuino y creador, a su sello particular para imaginar, intuir y reinventar el mundo, lo que permite ir librando la tensión que la herida suscita en el cuerpo, aunque ello no implique olvido o total ausencia de dolor:

...Aunque hay veces que uno... uno como que se pone a pensar, ¡uy qué rabia conmigo misma!, pero pues, como por las cosas que uno hace, pues usted ya sabe: pues como el miedo, como que uno correr y no pensar en los demás, eso da rabia, pero igual uno tiene que entender que la vida tampoco es así, uno no siempre puede hacer lo que quiere y lo que puede... (Alejandra, 2014, abril 25)

Jorge: el tránsito por los paramilitares, una historia de sobrevivencia

La subjetividad de Jorge estuvo permeada por referentes del conflicto armado urbano desde temprana edad (13 años), pues en ese entonces Jorge empezó a presenciar situaciones de violencia en el barrio donde vivía: múltiples actividades delictivas realizadas por los grupos que operaban en ese lugar y que fueron significando para él acontecimientos que en adelante marcarían su vida. En medio de ese contexto violento falleció su padre de muerte natural, dejando una familia expuesta a la precariedad económica; situación que se ha constituido en una de las principales causas de vinculación de niños, niñas y jóvenes al conflicto armado. Sobre lo acontecido Jorge relató:

...Tenía trece años, cuando murió mi padre...a los quince me presentaron al señor Jaramillo y él fue el que me dijo que si quería trabajar con él y ya quedé vinculado a ese cartel con ellos. A partir de que mi padre muere como todos dependíamos de él, quedé como a la deriva y ya vi realmente la necesidad en el hogar que era ubicar lo que era pa` la comida y pa` sobrevivir, entonces fue donde empezó a llegar la primera gente de los carteles acá a Colombia y me ofrecieron un puesto ahí, que no pensé que yo iba a llegar a

La triada del conflicto armado colombiano

ser alguien ahí importante y lo tomé y a medida de que fue pasando el tiempo me fui vinculando a cosas mayores hasta que ya quedé enredado en el conflicto... (Jorge, 2014, Junio 26).

Las tensiones que acompañaron a Jorge durante su permanencia en el grupo armado fueron de largo aliento; los discursos que motivaban su lucha y “justificaron” su estancia allí durante veintitrés años, estuvieron direccionados por un ideal de “justicia”, “orden”, “control” y “limpieza social”, ligado esto a la necesidad de configurar un enemigo para después eliminarlo. Discursos que parafraseando a María Teresa Uribe (2004, 11-34), tenían como objetivo convencer sobre la “inevitabilidad de la guerra y del arma para conseguir objetivos políticos”, Así, las palabras de la guerra deben ser creíbles para poder convencer. Sobre los discursos, Jorge manifestó gran simpatía por el de Pablo Escobar Gaviria debido a la autoridad y el poder que le representaba. A propósito Jorge, narró lo siguiente:

...Pablo Escobar Gaviria, él era el que iba a pagar la deuda externa porque él tenía con que pagar la deuda externa pa` independizarnos de los gringos que por ellos son los que muchas veces nos manejan la situación... ya no hay quien haga eso... nos decían que era una causa justa por Colombia porque él como te digo, él quería que se legalizara la droga porque él sabía que con eso era que se podía sacar el país adelante... (Jorge, 2014, Junio 26).

Durante el tiempo de permanencia en el conflicto armado, Jorge replicó los discursos aprendidos, practicando diversas modalidades de violencia (homicidios, secuestros, extorsiones y microtráfico). Aunque él se resistía a la ejecución de ciertos actos violentos cuestionando su accionar, continuó en el grupo escalonando en rangos de poder, ejerciendo un amplio control territorial y vivenciando entre otras cosas, la abundancia de dinero. Ante ello, Jorge planteó:

...Yo más o menos a la edad de 17 escalé pues a un puesto bueno y ya a los 21 años, ya tenía el grupo armado, como se dice vulgarmente, ya era un patrón que ya manejaba un combo.... pues no me sentí orgulloso sino que como le digo, la responsabilidad de tener uno bien a la familia y verse uno bien, me sentí como no agrandado pero me sentí pues como persona, o sea, en estos términos una persona valiente grande en cuestión de maldad pero no orgulloso de lo que hacía... (Jorge, 2014, Julio 01).

Después de 23 años de hacer parte del conflicto armado, Jorge decidió retirarse; tanto la muerte de 25 compañeros como la insistencia de su familia para que se alejase del grupo, hicieron que él tomara la decisión de desmovilizarse en el año 2005. Al respecto, Jorge refirió:

...La desmovilización fue en el 2005, yo me desmovilizo con el grupo.... y ya después siguió el bloque Catatumbo y el bloque Meta. Eso fue otro empuje que me ayudó a cambiar

de vida como se dice ahí volví a nacer.... Cada capo duro del paramilitarismo entrega sus bloques y entonces el de nosotros era el bloque de acá que estaba conformado por varios miembros de alta gama, entonces cada cual decide formar su grupo y los entrega... (Jorge, 2014, Julio 05).

Con la salida del grupo armado, empezó para Jorge una nueva etapa, en la cual la necesidad de cambio fue la que guio los pasos que tuvo que dar en adelante.

La herida: el nacimiento del guerrero

Si bien, la herida más profunda de Jorge se produjo antes de que ingresara al grupo armado, esta puede concebirse como el un motivo para vincularse y mantenerse en el conflicto; como producto de ello, su subjetividad se vio permeada por sentimientos de venganza y violencia, pues asumió la muerte del padre como un homicidio que debía ser vengado dadas las circunstancias en las que se produjo. Sobre su herida, Jorge narró:

...Mi padre muere a la edad de 45 años, se paralizó de la planta de los pies hasta la cintura ... a mí me dolió mucho porque en el seguro pienso que faltó atención para mi padre y eso me indignó a mí, hasta tuve una idea mala de ir a matar unos médicos cuando me metí a eso, porque a mi padre a pesar de que lo llevamos a las 5 de la tarde empezó a paralizarse desde el ombligo hasta el cuello, ya en el cuello lo dejaron hospitalizado, ese día lo devolvieron y como a media noche lo volvimos a llevar y ahí si duró 8 días en el seguro, le cogió el cerebro y lo mató, lo paralizó toda esa enfermedad, imagínese... (Jorge, 2014, Julio 01).

Con la muerte del padre murió también el líder comunitario, el referente de respeto, de protección y autoridad; Jorge anidó sentimientos de venganza por la muerte de su ídolo, esa venganza hizo que la herida perdurara en el cuerpo y lo movilizara a continuar por sendas de tristeza, dolor y desolación. A propósito de la venganza, Casanova (2012, 251), retomando a Nietzsche señala que la venganza originada en la impotencia y el resentimiento, quiere hacer sufrir, y que por ello “donde hubo sufrimiento, allí siempre debe haber castigo”. El castigo en efecto, es el nombre con que la venganza se llama así misma. En este sentido, la venganza en el contexto del conflicto armado se constituye en una muestra del desamor que acorralla la subjetividad hasta el punto de aniquilar al otro, de negar su existencia y de generar hondas heridas en ese tejido humano llamado sociedad.

Al morir el padre, Jorge se convirtió en el patrón, el jefe, el padre responsable de un grupo armado y de cuidar un territorio; guerrero que fue herido doblemente, pues su mejor amigo

también fue asesinado dejando otro hijo sin padre y a la deriva, a merced de las garras de la violencia. Sobre la muerte del amigo padre, Jorge narró:

...A él un día lo llaman, nos llamaron y yo le dije que yo estaba ocupado y él me dijo: yo ya vengo que voy a ir a recoger una plata que nos debían de una finca y no volví a verlo, eso me generó mucha angustia y rabia, me llené más de motivación y me hizo quedar más, eso me hizo como coger más fuerzas de quedarme ahí en el conflicto peleando por causas injustas....Me di cuenta por otras personas quienes habían hecho eso, los busqué y un hermano de él y yo les hicimos las mismas cosas, los enterramos por allá en un monte con venganza, porque eso fue doloroso... debido al dolor fue que lo hicimos y eso generó también más guerra... (Jorge, 2014, Junio 26).

Al respecto, Nussbaum (2008, 371) afirma “al reconstruir la experiencia de otro en nuestra propia mente damos sentido a lo que para esa persona significa sufrir de ese modo, y esto puede hacernos más proclives a ver sus perspectivas como similares a las nuestras y también, en parte por esa razón, verlas con más interés”. Jorge subjetivó la muerte del amigo, así como la de su propio padre como razones para tomar venganza.

El hijo del amigo asesinado revivió en Jorge su historia de desamparo, y así constantemente cada padre que moría en el conflicto armado, así fuera un “enemigo” revivía su historia, su deseo de venganza por el padre ausente que deja al hijo desamparado. Parafraseando a Sartre (1946, P. 37), el desamparo alude a esa angustia que experimenta la persona por aquello que tendrá que hacer por sí mismo pues eso que vendrá dependerá única y exclusivamente de lo que él haga y no de un ser superior; en resumen, lo que el ser humano pueda hacer de sí, para sí.

Ahora bien, tras la muerte del padre y con tan solo 13 años de edad, aconteció en Jorge la herida, ruptura subjetiva que se reafirmó con la muerte del amigo padre, como nacimiento de un guerrero herido y enojado con el mundo. Ese emerger como guerrero fue trascendental en su vida dadas las profundas heridas en su cuerpo (la muerte del padre, la muerte del amigo-padre). Este nacimiento fue la herida misma, la cual le acompañó durante los siguientes 23 años de vida en el conflicto armado motivando su permanencia allí. Lo que aconteció en la subjetividad de Jorge ante la muerte de su padre y la necesidad de subsistir, fue en suma el nacimiento de un guerrero padre; nacimiento que fue reafirmado al experimentar la muerte de cada guerrero padre en el conflicto armado.

El padre significaba para él un referente a seguir, pues representaba en sí mismo el liderazgo, reconocimiento y respeto, que Jorge alcanzaría unos años después al liderar el grupo armado; ante la ausencia del padre, símbolo de protección, cuidado y guía, Jorge asumió la

responsabilidad de proveedor en su hogar y emergió en él un joven que buscando al padre ausente, lo personificó, aunque ello implicó acudir a las armas como medio para lograrlo.

Ser guerrero en el contexto del conflicto armado, significa haberse constituido en un cuerpo útil para los fines del poder; un cuerpo que según Foucault, se reconoce de lejos, pues lleva en sí mismo unos “signos de vigor y valentía”, al tiempo que se siente poderoso y posee habilidades necesarias para resistir las dinámicas de la guerra. Este es el guerrero que surgió en Jorge al subjetivar sus vivencias; con motivos suficientes para anular al otro, reprodujo el discurso que proviene del jefe preservando la estructura y el orden jerárquico. Guerrero que fue sometido al castigo, a la sanción y al mismo tiempo motivado a causar heridas, a hacer daño y a vengarse si era necesario.

La herida de Jorge entonces requirió ser sanada, cicatrizada y para ello fue necesario que se pensara y emprendiera el rumbo hacia la reconciliación con la vida y con la muerte; fue así como empezó la cicatrización.

La cicatriz: reconocimiento de la finitud

La cicatriz también puede entenderse como un proceso de subjetivación de la herida, que va hilando las costuras que la cierran a través de un continuo conversar: preguntas y respuestas que van emergiendo y que permiten poder seguir viviendo, es decir, existir con un sentido. Sin embargo, debido a la negación o evasión de la herida, ésta puede cicatrizar superficialmente y descoserse abriéndose nuevamente por causa del entrecruzamiento con las nuevas circunstancias que atraviesan al sujeto.

Ricoeur (1983, 25) reconoce “la temporalidad como el carácter determinante de la experiencia humana”; en este sentido, el tiempo se reviste de importancia en la medida que en sí mismo, va marcando los acordes donde la vida se va realizando. En Jorge el factor tiempo coadyuvó en ese proceso de comprensión pues lentamente aquella herida catalizadora de venganza se fue cicatrizando; una cicatrización contemplativa, producto de un proceso de reconfiguración, que permitió buscar otros significados a aquellas vivencias dolorosas generadas en el contexto del conflicto armado.

Jorge en su juventud aún no lograba reconocer la finitud; solo hasta la edad adulta él realmente se permitió avanzar en la comprensión de su herida o de la finitud, a la que todos estamos infaliblemente convocados. Al respecto Jorge manifestó:

...Realmente yo sé que eso, eso ya lo he vivido, que uno realmente nace es para morir, o sea yo tengo el reconocimiento de que mi padre algún día se iba a ir, entonces que tenía que haber hecho yo, no haber cogido el mal camino... (Jorge, 2014, Julio 01).

En consonancia con Heidegger (1927, 325) cuando se reconoce la finitud, es posible darse cuenta de que la condición humana está ligada a un destino determinado para cada sujeto; en este sentido, la condición de finitud es un acontecimiento común para todos los seres humanos. Nadie se escapa de la muerte, hecho que Jorge logró asumir como inevitable y que le permitió avanzar en la reconfiguración de su herida.

“El comprender abre el poder-ser de cada Dasein⁴, de tal manera que, comprendiendo, el Dasein sabe cada vez, de algún modo, qué pasa con él. Pero este “saber” no consiste en haber descubierto un hecho, sino que consiste en estar en una posibilidad existencial” (Heidegger, 1927, 325). Es por ello que, a medida que Jorge iba comprendiendo, menos daño producía en el otro y aquella herida que lo acompañó por 23 años, lentamente fue teniendo otros sentidos y otras posibilidades; como por ejemplo el darse cuenta que él podía ocupar otro lugar en el mundo desde un enfoque que le permitió leer sus realidades de manera distinta a las ya conocidas. Sobre la cicatrización de la herida Jorge expresó:

...A una herida usted todos los días tiene que hacerle la curación pa’ que sane, usted va sintiendo realmente cómo sana o cómo evoluciona el dolor; pero si usted tiene una herida y no sabe hacerle todo el tratamiento entonces cierra en falso y nuevamente se rompe y es más dolorosa. Para mí es más fuerte tener una herida que una cicatriz, porque la herida siempre está ahí abierta y con cualquier cosa vuelve a doler, en cambio, la cicatriz es como un cascarón... (Jorge, 2014, Julio 01).

José: el tránsito por las Fuerzas Militares de Colombia, una historia de disciplinamiento

En la niñez, José conoció y empezó a diferenciar de cerca los grupos armados colombianos; en esta etapa de su vida fueron adquiriendo significado las palabras enemigo, violencia, gente desconocida y el sentimiento de desconfianza hacia los otros que le representaban

⁴ Dasein, es un término introducido por Heidegger, para referirse a la forma como cada ser humano va siendo en la posibilidad del preguntarse por su propia existencia.

miedo, porque observó que las personas que no se ajustaban al orden social establecido por los grupos “al margen de la ley” eran asesinadas de forma brutal, a veces desaparecidas y en otras ocasiones expuestas públicamente para coaccionar las acciones de la población y dominarla.

En el contexto del conflicto armado Colombiano, los grupos armados han utilizado estrategias como la tortura del cuerpo, la masacre y la muerte selectiva, al igual que la exhibición de los cuerpos sin vida y la desaparición forzada, que luego se hace evidente con el descubrimiento de las fosas comunes; técnicas utilizadas con la finalidad de atemorizar colectivamente a la población y ganar terreno al enemigo, logrando causar un gran impacto emocional en la niñez y la juventud que será determinante en la toma de decisiones futuras en su vida. Al respecto José expresó:

... Ya había paramilitares, y se decía que iban a ir a sacar la guerrilla de allá y eso se vio mucha violencia, se veía mucha gente desconocida y esos combates fuertes duraban hasta cuatro días...y cuando esas mulas pasaban ese olor fétido de esa gente descompuesta, se llenaba de ese olor, ¡toda la calle!... y más los que picaban por allá.. eso por allá es minero y las maquinas estaban trabajando y cuando metían la retro que empezaba a cavar, empezaba a destapar esas fosas comunes y les tocaba correrse. Y ¡era horrible!...(José, 2014, abril 10).

La subjetividad en la niñez de José se vio permeada por las imágenes de la violencia que daban cuenta de las relaciones de poder existente y la tensión vivida entre los grupos armados por el control del territorio y de la población civil, incluyendo el desplazamiento forzado y la extorsión de su propia familia. El hecho de tener como referente la cosificación de aquellos que se vinculaban al conflicto le brindó la posibilidad de tomar distancia de “los grupos armados al margen de la ley” e ingresar a las Fuerzas Militares de Colombia generando reflexiones en torno a su posición en dicho conflicto. Sobre ello, José relató:

...Yo no me entusiasmaba con eso, porque yo veía como era el final de esa gente, como era la vida allá internamente, ellos hacían cualquier cosa, y ahí mismo los mataban, por eso nunca tome la decisión de hacer parte de ellos, de esos grupos... (José, 2014, abril 10).

José se incorporó a las Fuerzas Militares de Colombia a los diecinueve años de edad. En el grupo logró materializar su deseo de defender la población civil del flagelo de sus “enemigos” buscando fortalecerse mediante el entrenamiento, supeditado al control del cuerpo y a las rutinas diarias para aprender reglas y adiestramientos que quedaron inscritos en él.

Sobre el disciplinamiento en el ejército, Foucault (2002) señala que es una forma calculada de imprimir en los cuerpos los gestos y posturas, la altivez y la valentía son reflejadas en la forma en que se para y dirige su mirada hacia a los otros. Por el disciplinamiento aprendido en el entrenamiento, el soldado se moldea, se educa, se le da forma para que sea siempre ágil y multiplique su fuerza. El aprendizaje cuidadoso y meticuloso en el manejo de las armas hace que las tomen con audacia y honor convirtiéndolas en extensiones de sus cuerpos y propinándoles un cuidado mayor, pues se convierten en los elementos fundamentales para la defensa de su vida en el combate.

José fue entrenado como soldado regular y seleccionado para ser parte del batallón contraguerrilla, por tanto, vivenció un entrenamiento mucho más fuerte para resistir las condiciones duras y ásperas en el territorio de combate. Él describió su entrenamiento así:

...Desde que uno se levanta es con el equipo encima...para que el soldado se concientice y para que el organismo se acostumbre, que va es a patrullar y siempre el equipo está encima... pa` todo lado con el equipo como si estuviera en el área ya patrullando, y a uno, allá le enseñan mucho... Lanzarse de los helicópteros...cruzar un rio si esta crecido, cómo armar una balsa con los mismos equipos, a disparar todas las series de armamento que tiene el ejército...el entrenamiento es muy especial y son tres meses y medio en ese son, la instrucción es todos los días... desde que uno se levanta a las cuatro de la mañana, hasta las once de la noche. (José, 2014, Mayo 28).

La permanencia de José en las Fuerzas Militares le significó un estado de realización personal, seguro de estar en el grupo armado correcto combatió durante seis años con orgullo y amor a la patria en los batallones de la contraguerrilla hasta que su cuerpo sufrió una herida en combate que cambió el rumbo de su vida. Durante el proceso de recuperación, en José aconteció una ruptura subjetiva con su propio cuerpo: más allá de ser un cuerpo disciplinado, era un cuerpo escindido físicamente por la pérdida de una sus extremidades: ya no era un cuerpo útil para la guerra, era un cuerpo que tendría que aprender a sobrevivir por otros medios, pues debido a “la herida de guerra” el Estado le otorgó “la baja” en el ejército, y en consecuencia, la pensión por la pérdida parcial de su capacidad física.

La herida: anulación del guerrero

En el contexto del conflicto armado el cuerpo es expuesto permanentemente a la herida que produce daño en la carne, se constituye así en objeto de guerra, no solo para ser herido sino

también para herir: producir daño al adversario, mutilarlo o desmembrarlo disminuyendo su capacidad de combate. Cada herida carnal que se produce en el otro llamado “enemigo” lo va menguando hasta destruirlo, aniquilarlo mediante toda clase de armamento, pues en el conflicto armado “el fin justifica los medios” y la violencia contra la integridad física es el rasgo que lo identifica. En el siguiente relato, José narró las estrategias utilizadas por el adversario (ELN), quien utilizó artefactos explosivos como la mina antipersonal para producir su herida corporal:

... El día que me ocurrió el accidente, eso fue en mayo 15 del 2008, (silencio...) ellos (ELN) activaron el artefacto explosivo y la onda explosiva me lanzó varios metros de donde estaba... caí bocabajo y luego traté de darme vuelta como para pararme y ahí me di cuenta que botaba mucha sangre y tenía el camuflado roto... luego de eso, me sacaron de ahí... Me colocaron suero, me gaste todos los sueros de la contraguerrilla... de cosa pues, no me desangre, imagínese que eso fue a las doce y media del día... y me evacuaron al otro día a las siete y media de la mañana... debido a eso perdí la pierna, porque la infección se me volvió crónica, esos artefactos explosivos están muy infectados, eso le echan de cuanta cosa, hasta excremento le echan... Me internaron en la clínica... entré como a las ocho de la mañana o nueve, algo así, y ya. Me acuerdo hasta que sentí como si una tijera me rompió el camuflado y ya no me acuerdo de más, cuando desperté eran como las dos de la tarde y ya me habían amputado la pierna (José, 2014, abril 10)⁵.

Tras la mutilación de la pierna, José reconoció su impedimento físico, el cual no le permitió continuar realizando lo que más le gustaba: tareas militares como el entrenamiento y la confrontación bélica para la defensa del pueblo. Aniquilada la posibilidad de volver al grupo armado, José dejó ver la angustia y la impotencia en todo su ser. Ante ello, expresó sentimientos de dolor y nostalgia:

...cuando a mí me llegó la baja, a mí me dio mucha nostalgia, porque yo sabía que ya no iba a portar más el uniforme y que ya me alejaba totalmente de eso, porque a mí sinceramente me gustaba mucho el ejército, si a mí no me hubiera pasado esto, estas serían las alturas en que yo allá estuviera.. (José, 2014, mayo 28)

El ejército estructura y forma los cuerpos para el combate y a la vez los estandariza para el cumplimiento de los objetivos de la organización; a José le gustaba estar en el grupo de contraguerrilla, pues allí les enseñaban a ser disciplinados, el entrenamiento duro del cuerpo los hace resistentes y les enseña a moverse en la selva, a diferenciar los sonidos de la naturaleza y el

⁵ Según el Informe Basta Ya (2013), la letalidad de las minas antipersonal, por lo menos en el caso colombiano, es comparativamente menor respecto a otras modalidades de violencia: ha dejado 8.070 lesionados y 2.119 muertos. Sin embargo, los daños ocasionados a nivel físico (amputación de miembros y afectación auditiva y visual) y psicológico hacen que esta arma tenga un profundo impacto en los proyectos de vida de las víctimas en el plano familiar, social y laboral.

aprendizaje que se requiere para que todos los sentidos trabajen al mismo tiempo formando un entramado de sentidos que les permita cuidarse y protegerse en el campo de batalla, aprender a llevar el uniforme y las armas con orgullo y altivez. Pertenecer a un escuadrón especial y poder seguir la carrera militar en la lucha constante por la defensa del campesino y el cumplimiento del deber, siempre fue su gran sueño.

No obstante, el deseo de José se desvaneció cuando en el campo de batalla al pisar una mina antipersona perdió su pierna. En el momento en que se dio cuenta de sí, que estaba herido, emergieron sentimientos de dolor intenso por miedo a perder la integridad de su cuerpo y las esperanzas de seguir siendo ese soldado valiente, audaz y fuerte, capaz enfrentar con honor el peligro, defender la patria, actuar con valentía y vigor, afrontar el peligro y no huir del combate, pues todo soldado debe ser capaz de defender el orden social establecido, con las virtudes necesarias que los identifica como combatientes.

Cuando José reconoció que debía retirarse del ejército, la anulación como guerrero aconteció como herida corporal, como ruptura subjetiva que inevitablemente lo obligaba a reorientar su trayectoria de vida, pues en el conflicto armado se requieren hombres con características especiales, como lo expresa Foucault (2002, 124) "Los signos para reconocer a los más idóneos en este oficio son los ojos vivos y despiertos, la cabeza erguida, el estómago levantado, los hombros anchos, los brazos largos, los dedos fuertes, el vientre hundido, los muslos gruesos, las piernas flacas y los pies secos; porque el hombre de tales proporciones no podrá dejar de ser ágil y fuerte". Por lo anterior José no podía seguir siendo parte activa de del grupo donde el cuerpo carne disminuido no podía ser útil a los fines del conflicto.

La cicatriz: el guerrero heroico

La cicatrización de la herida le permitió a José aceptar su nueva condición física y reorientar su trayectoria de vida, al concebir el soldado herido como un héroe capaz de dar hasta su vida por la patria:

"un soldado es aquel que de pronto lo ha dado todo por la patria (...) inclusive la vida o partes de su cuerpo a este país" (José, 2014, Mayo 28).

Su concepción de soldado no es ajena a aquellos planteamientos que históricamente han enaltecido las cualidades y virtudes de los militantes: "El guerrero debe afrontar los peligros que

amenacen con destruir o perturbar el orden establecido. Por ello, tiene que poseer las cualidades o virtudes que le permitan cumplir correctamente su función de combatiente. Una de estas virtudes es, evidentemente, el valor, cualidad moral que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y a arrostrar sin miedo los peligros. El valor, el ardor, la firmeza, la destreza, el no huir en la batalla, la generosidad y el señorío son las acciones propias de los guerreros, nacidas de su naturaleza" (Monier-Williams, 1093).

En el campo de batalla cada quien hace lo propio, lo que le corresponde, y está entrenado y disciplinado para ello. Todos desarrollan la habilidad para la lucha, para la defensa del territorio; por tanto, todo soldado que sobrevive de manera extraordinaria a la confrontación bélica es reconocido como héroe de la patria. Atributo que también tuvo eco en José al cicatrizar su herida como heroísmo, como orgullo de haber perdido la pierna en combate con tal de defender el pueblo y acabar con "el enemigo".

En el proceso de cicatrización, José halló nuevos sentidos de vida y reorientó sus ideales: ya no era el soldado que deseaba luchar por la patria sino el ciudadano que deseaba servirle a otros construyendo redes de apoyo desde su experiencia de vida y desde su formación en una profesión relacionada con la medicina. La pérdida de un miembro del cuerpo ya no le representó una tragedia sino una nueva oportunidad para estar en el mundo. Ante ello, José expresó:

...No es fácil, es duro... al principio cuando me miraba y me veía la pierna más corta que la otra...cuando te bañas que no estás completo, que de pronto ya no puedes correr, no puedes jugar futbol, son cosas que ya se le dificulta a uno hacerlas. Cuando me miro al espejo y veo que no tengo la pierna completa...me pongo a pensar ... ¿Qué tal si no me hubiera pasado lo de la pierna y estuviera muerto?... por lo menos, tuve la oportunidad de estar así, perder la pierna pero estoy con vida y muchos no contaron con la suerte que tengo yo... pues perdí la pierna y ...ya tengo mi pensión, estoy estudiando, quiero ser una persona útil a la sociedad, quiero ser auditor en salud, aprovecho todas las oportunidades que el Estado me pueda brindar por la pérdida de mi pierna... Yo estoy bien... (José, 2014, abril 10).

Para sanar la herida, en José fue indispensable el tiempo y el acompañamiento de las personas significativas, pues el interactuar y expresar el sufrimiento de la herida, le permitió el aceptarse y proyectarse en el mundo de una manera distinta:

...Porque mi mama entró llorando y se sentó conmigo en la camilla y mi hermanita también, me puse a hablar con ellas, y pues gracias a dios estamos vivos, de todas maneras pues estoy vivo y eso lo supera uno, y hablé con ellas un rato, mi hermana duro allá como tres días y mi hermanita se fue por que tenía que estudiar y mi mama se quedó todo ese mes hasta que me dieron de alta, ... Y esa actitud mía, como que le ayudo a superarlo

también más fácil, porque no me veía pues..... Tan deprimido y tan echado a morir, y hablamos y eso y los compañeros allá en Cúcuta, eso se llenaba todos los días la piecita hablando y riéndose y recochando. (José, 2014, abril10).

Discusión final

De acuerdo a los hallazgos emergentes y a la transversalización de las narrativas de los tres sujetos participantes, las categorías cuerpo, herida y cicatriz trascienden la dimensión individual hacia una colectiva, cuando se ponen de relieve elementos comunes en su configuración. Desde esta mirada, dichas categorías no aluden exclusivamente a la unicidad que representa a un individuo sino también a su configuración en la intersubjetividad.

El grupo armado como cuerpo colectivo

Los resultados de la investigación sugieren que en el contexto del conflicto armado colombiano, el disciplinamiento busca que los cuerpos lleguen a los límites de su resistencia y, que estos queden impresos en la integridad del ser, pues se debe resistir el dolor, ser perceptivo e intuitivo, registrar en la memoria eventos de peligro y desarrollar estrategias sacando fuerzas insospechadas para protegerse y sobrevivir aún en las situaciones más extremas y lugares más inhóspitos. De acuerdo con Foucault (2002), el disciplinamiento se torna entonces en una manipulación calculada del cuerpo, en medio de un lugar vigilado, que permite el control en la enseñanza de las técnicas, la rapidez y la eficacia que se requiere para el logro de los objetivos de quien ostenta el poder.

En los grupos armados, los cuerpos no sólo son disciplinados en su unicidad, el grupo mismo constituye un solo cuerpo, un cuerpo colectivo que entrena en su conjunto preparándose para la defensa, el ataque, la sobrevivencia o para afrontar situaciones, como lo plantea Serres (2011), mediante el sentido común que es lo mejor que comparte el cuerpo. Los grupos armados experimentan el disciplinamiento como cuerpo colectivo, unos utilizan técnicas más rudimentarias: la guerrilla, otros técnicas estructuradas: los militares y, hay quienes acude a las más sanguinarias: los paramilitares; conclusión que se desprende de los relatos autobiográficos.

Los militantes no son entrenados para el desarrollo de habilidades corporales en beneficio individual sino colectivo, pues se espera de cada cuerpo el despliegue de todo su potencial para

que, articulado a la expansión de los demás cuerpos, logren librar la defensa y el ataque. La integralidad del grupo armado se constituye en una estrategia de resistencia, donde todos y cada uno de los militantes asumen un rol similar a la función de los órganos del cuerpo: de acuerdo a las habilidades se asignan las funciones o se prepara para la ejecución de las mismas. En este sentido, hay militantes para dirigir, vigilar, entrenar, cocinar y hacer tareas bélicas o de inteligencia; lo que configura el grupo en un engranaje perfecto que se cuida, camufla, defiende y ataca.

Es importante resaltar, que los grupos armados son constituidos como un solo cuerpo para la defensa, pero que no logran ser uno solo para la protección, debido a la desconfianza que se funda en las traiciones entre sus integrantes, al militante le toca resguardarse en objetos bélicos, que terminan representando una extensión de su propio cuerpo, pues los personifican atribuyéndoles poder y amparo. Pero, el grupo armado no solo se constituye en un cuerpo colectivo disciplinado para el combate, sino también como un cuerpo que se funda en los vínculos afectivos. En medio del conflicto armado los cuerpos se unen representando a una familia que acoge a sus integrantes para protegerlos, sanar sus heridas y vengar sus muertes.

La herida colectiva

La vivencia violenta no solo es herida en la subjetividad por aquellos que experimentan la violencia directa, sino también por aquellos que se sienten constreñidos al respecto. En este sentido, una misma vivencia puede llegar a afectar a varios sujetos dando lugar a una herida colectiva o afectación compartida, que de acuerdo a los resultados de la investigación es sentida en: 1) el grupo armado que representa un solo cuerpo, 2) entre el sujeto herido y el sujeto que hiere y, 3) entre el sujeto herido y sus más próximos (familiares y amigos).

Cuando el grupo armado se ha constituido en un solo cuerpo, no solo para el combate, sino para la protección y cuidado mutuo, la herida de uno de sus integrantes, es compartida y sentida por el cuerpo colectivo que se dispone a vengarla; es así como se hiere al “enemigo” pretendiendo sanar la propia herida que no puede ser indultada. Por su parte, la herida colectiva que atraviesa al sujeto herido y al sujeto que hiere, se presenta cuando éste último reconoce el dolor o la afectación que produjo en el primero, reconocimiento que es subjetivado, generalmente bajo estas circunstancias, en sentimiento de culpa y ruptura con los sentidos de vida. Esta herida puede concebirse entonces como una herida dual, donde hiriendo se hiere.

Sobre la herida colectiva que es subjetivada por el sujeto herido y sus más próximos, es de resaltar que familias enteras, en el contexto del conflicto armado colombiano, se ven afectadas por una misma vivencia violenta que redefine el rumbo de sus trayectorias de vida. Se puede decir que esta herida trae doble afectación, pues el sujeto no solo siente su dolor, sino también el dolor de sus allegados.

La cicatriz colectiva:

Desde el mismo momento en que acontece la herida, el sujeto tiene la capacidad de reconfigurarla, es decir, de cicatrizarla, mediante el intercambio de significaciones que tiene lugar en el ámbito de la intersubjetividad o en referencia a aquellos sujetos simbolizantes que dotan de sentido la vida.

La cicatrización ocurre entonces entre aquellos sujetos capaces de construir respuestas frente a los interrogantes que subyacen a la herida, llegando a nuevos estados de comprensión sobre la misma. El compartir interpretaciones sobre la herida da lugar a la cicatriz que se instalan en la memoria colectiva; interpretaciones que se construyen gracias a ese lenguajear entre sujetos, que han logrado establecer lazos de confianza para reflexionar la afectación subjetivada en la intimidad del ser.

En la cicatrización colectiva, el lenguaje y la confianza van a permitir el intercambio de significaciones que pueden reafirmar o, por el contrario, reconfigurar la herida generándose tensión en la misma conciencia. La comprensión de la herida va a posibilitar entonces su reconfiguración, su cicatrización, la cual no obedece a un proceso lineal y acabado, sino más bien a un tránsito permanente hacia el conocimiento de sí mismo y, en esta medida, de la condición humana; por tanto, el reconocimiento de la vivencia violenta, cimiento de la herida misma, se constituye en una posibilidad de curación.

Ahora bien, la cicatrización colectiva también se pone de manifiesto en el encuentro de los cuerpos heridos, donde el sujeto reconoce que no es el único con afectaciones en este mundo, que existen otros en similares condiciones. Se trata pues del reconocimiento de no ser el único que se abandona en el dolor de la herida, consuelo que alienta a la cicatrización, consuelo que valga la aclaración, no goza del dolor del otro, sino de su compañía en la sanación.

Finalmente, es importante reconocer que el mismo sujeto herido es un punto de apoyo para

sus más próximos, familiares y amigos, en la cicatrización de la herida compartida, pues la cicatrización colectiva es ante todo un pensar en doble vía que moviliza a los sujetos a buscar nuevos horizontes, otras formas de relacionamiento consigo mismo y con los otros.

A modo de conclusión

Por más de medio siglo en Colombia se ha vivenciado un conflicto armado sin precedentes, donde han terminado vinculados o reclutados niños, niñas y jóvenes que, mientras se ven obligados en su vida cotidiana a afrontar múltiples situaciones de injusticia social, terminan en las filas de las partes en conflicto.

Inmersos en el grupo armado, como cualquier militante, los niños, niñas y jóvenes son disciplinados para el nacimiento de “guerreros” dispuestos a defender una causa que no les corresponde y que exige la exposición de sus cuerpos en la confrontación bélica. Son entrenados, pero principalmente docilizados, pues las figuras de poder bien saben que no sólo se requiere de un cuerpo apto para el combate sino también para su servicio, para que cumpla órdenes sin mayor objeción.

En este contexto, el cuerpo disciplinado de los jóvenes es herido en su unicidad, pues la herida o subjetivación de la vivencia violenta, se diluyen en un cuerpo que es un todo, sin fragmentaciones. Un cuerpo carne, sensible y simbólico que no conoce divisiones, que se estremece y se expresa al unísono. Un cuerpo que se sincroniza con el de sus compañeros de combate constituyendo uno solo: un cuerpo colectivo para la sobrevivencia, la defensa, el ataque y en algunos casos para la unión en el vínculo afectivo.

En esta línea, la herida sugiere una subjetivación individual y colectiva. La primera, llevada a cabo por el sujeto joven que al interrogándose por la vivencia violenta, la significa en su intimidad en lo más profundo de su cuerpo; la segunda, realizada por todos y cada uno de los sujetos afectados por el mismo acto violento, que terminan anclados en la herida compartida, en la herida colectiva. En ambos casos, la significación se realiza en el ámbito de la intersubjetividad, o en referencia a aquellos sujetos que han dotado de sentido la existencia.

Es así como los jóvenes experimentan heridas que se constituyen a la vez en heridas colectivas; heridas que perduran en el cuerpo y que abogan por una cicatriz que cubra su angustia, su frustración, su dolor, pues la cicatriz como reconfiguración subjetiva permite el seguir viviendo

con un sentido. Se puede decir, que al igual que la herida, la cicatriz se funda en la intersubjetividad, donde el narrarse lleva a otros estados de comprensión. La cicatriz se encarna en el cuerpo del joven como memoria de la herida y en los demás cuerpos como memoria colectiva.

El resultado de lo antes dicho, es un cuerpo joven que hiere y que es herido, dos tragedias vivenciadas por un mismo sujeto. El resultado, es un conflicto armado donde no hay lugar para vencedores y vencidos, pues todos los cuerpos terminan heridos y cicatrizados.

Bibliografía

Libros

- ALAVARADO, Sara Victoria; LUNA, María Teresa; OSPINA, Héctor Fabio; PATIÑO, Jhoana; QUINTERO, Marieta; OSPINA, María Camila. 2012. *Las escuelas como territorios de paz. Construcción social del niño y la niña como sujetos políticos en contextos de conflicto*. 1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO; Universidad de Manizales.
- CASANOVA, C. 2012. *Religión, ateísmo y fe: Los aportes de Marx, Nietzsche, Freud, Heidegger, Bultmann y otros, leídos desde Paul Ricoeur*. Santiago de Chile. Nueva vida.
- FOUCAULT, Michel. 1994. *Dichos y escritos*, Vol. IV. Edición utilizada: Paris, Gallimard.
- _____. 1987. *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. Edición utilizada: Paris, Gallimard.
- _____. 2002. *Vigilar y castigar: El nacimiento de la prisión*. 1ª, ed. Buenos Aires: Siglo XXI. Editores Argentina.
- GRUPO memoria histórica. 2013. *¡BASTA YA! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá. Imprenta Nacional.
- HEIDEGGER, M. 1927. *Ser y Tiempo*. Nuestro tiempo.
- HUMAN, R. 2004. *Aprenderás a no llorar: Niños combatientes en Colombia*. UNICEF.
- LEVINAS, E. 1993. *El tiempo y el otro*. Ed. Paidós.
- LUNA, María Teresa. 2009. *La autobiografía: Una herramienta para el estudio de la subjetividad y una mediación para la comprensión de sí*. Colombia.
- NUSSBAUM, Martha. 2008. *Paisajes del pensamiento: La compasión: Trances trágicos*. Barcelona. Paidós.
- RICOEUR, P. (2004). *Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México, D.F. Siglo XXI editores.
- SARTRE, Jean-Paul. 1966. *El ser y la nada*. Buenos Aires. Losada.
- _____. 1946. *Existencialismo es humanismo*. Universidad autónoma de México.
- SERRES, Michel. 2011. *Variaciones sobre el cuerpo*. 1a, ed. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.
- SPRINGER, Natalia. 2012. *Como corderos entre lobos. Del uso de niñas, niños y adolescentes en el marco del conflicto armado y la criminalidad en Colombia*. Bogotá. Taller Digital Image Printing. Springer Consulting Services.

Artículos

- ICBF. 3 al 10 de junio de 2013. “Del fusil al ICBF”. En: *Semana*. Edición Especial. Colombia.
- “Niños y jóvenes en la guerra en Colombia. Aproximación a su reclutamiento y vinculación”. En: *Opinión jurídica*. Vol 7 N° 13. Enero – Junio 2008. Universidad de Medellín.
- MORATALLA, T. 2001. “Investigaciones fenomenológicas”. En: *Anuario de la Sociedad Española de Fenomenología*. N° 3.
- TORRES, C, A. 2000. “Subjetividad y Sujetos Sociales en la obra de Hugo Zamelman”. En: *Folios. Revista de la facultad de humanidades, Universidad Pedagógica Nacional*. No. 12.
- URIBE, María Teresa. Julio - diciembre 2004. “Las palabras de la guerra”. En: *Estudios Políticos* N° 25, Medellín.

Cibergrafía

- Comité Internacional de la Cruz Roja. “¿Cuál es la definición de conflicto armado según el derecho internacional humanitario?”. Documento de opinión, marzo de 2008. www.icrc.org/spa/assets/files/other/opinion-paper-armed-conflict-es.pdf. (Consultado el 21/02/2015).
- “Miedo y religión en la Bhagavadgîtâ Javier Ruiz Calderón”. Universidad Pontificia de Comillas. www.ull.es/congresos/conmirel/calderon1.html. (Consultado el 15/03/2015).
- “Nunca más: El cuerpo, un campo de batalla. Capítulo 12. 1/5” www.youtube.com/watch?v=XjW6BrH9YCY. (Consultado el 2/02/2014).
- PECAUT, D. 2015. “Y al fin ¿cuándo empezó la guerra en Colombia? Doce miradas sobre el conflicto”. Revista *Semana*. www.semana.com/nacion/articulo/cuando-empezo-la-guerra-en-colombia/417710-. (Consultado el 20/03/2015).
- “La Noción de Persona en México y Centroamérica”. Revista *Pueblos y Fronteras digital*. No. 4. Dic. 2007 – Mayo 2008. www.pueblosyfronteras.unam.mx. (Consultado el 20/03/2015).

Entrevistas

- Alejandra (2014, Marzo 8), entrevista No. 1 Vinculación al conflicto armado y niñez, realizada por P, Taborda. Medellín.
- Alejandra (2014, marzo 21), entrevista No.2 sobre estadía en el Ejército de Liberación Nacional – ELN-, realizada por P. Taborda, Medellín.
- Alejandra (2014, abril 5), entrevista No.3 sobre estadía y desvinculación del Ejército de Liberación Nacional –ELN-, realizada por P. Taborda, Medellín.
- Alejandra (2014, abril 25), entrevista No.4 sobre configuración de la subjetividad a partir de las heridas y cicatrices y perspectiva de género en el Ejército de Liberación Nacional –ELN-, realizada por P. Taborda, Medellín.
- Jorge, (2014, Junio 26), Entrevista No.1 Niñez y juventud, Vinculación al grupo armado, realizada por L. Rojas, Medellín.
- Jorge, (2014, Julio 01), Entrevista N° 2 sobre juventud, vinculación y estadía en el conflicto armado Colombiano, realizada por L.Rojas, Medellín.
- Jorge, (2014, Julio 05), Entrevista N° 3 sobre entrenamiento, salía del grupo armado, realizada por L.Rojas, Medellín.
- Jorge, (2014, Julio 16), Entrevista N° 4 sobre subjetividad, realizada por L.Rojas, Medellín.

La triada del conflicto armado colombiano

José, (2014, Abril 10), entrevista No.1 Infancia de José y su experiencia de vivir de cerca el conflicto armado colombiano, realizada por L.M Sánchez. Montería.

José, (2014, Abril 14), entrevista N° 2 sobre miedos, heridas y cicatrices e imagen en el espejo, realizada por L. Sánchez, Medellín.

José, (2014, Mayo 28), entrevista No. 3 Tiempo de estadía en el ejército, Entrenamiento, los lazos de amistad creados, la herida y la cicatriz y sentimientos de familiaridad creados con el grupo, realizada por L.M Sánchez. Montería.